

CARTA ENCÍCLICA  
QUO IMPENSIORE  
DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR  
PÍO  
POR LA DIVINA PROVIDENCIA  
PAPA IX  
**SOBRE LA SEDICIÓN EN EL PATRIARCADO DE CILICIA DE LOS ARMENIOS**

(20 de mayo de 1870)

A los amados hijos armenios católicos del Patriarcado de Cilicia.

VENERABLES HIJOS  
SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

Con el celo más diligente Estamos comprometidos a elevar el destino afligido de la Iglesia de los Armenios y devolverlo a ese orden, armonía y estabilidad que podría restaurar su vieja dignidad, mientras más amargamente nos perturba la malicia de algunos que no solo hacen vanas todas nuestras preocupaciones, pero con sus intrigas laceran las conciencias, escandalizan a los tímidos, tienen éxito ante su propia gente. Los males cada vez mayores provocados por sus artimañas se registraron en Nuestra Carta Apostólica Non sine gravissimo que publicamos el 24 de febrero de este año y, mientras tanto, para reprimirlos y aplastarlos, les enviamos al Venerable Hermano Antonio Giuseppe Arzobispo de Tiane como nuestro Delegado Apostólico.

De hecho, hoy estamos afligidos por un dolor aún más profundo, porque su dulzura, su prudencia, su autoridad no podían de ninguna manera romper o mitigar la audacia de los perversos. Él mismo, recién llegado a Constantinopla, consciente de la mansedumbre eclesiástica, se llamó a sí mismo los más importantes promotores de la sedición y trató con advertencias paternas de devolverlos a la obediencia debida. Como usó este truco en vano, presentó en público Nuestra Carta con la cual (también se refirió a la naturaleza extraordinaria de los eventos más recientes) alabamos su celo, confirmamos nuestra constitución de Reversurus publicada el 12 de julio de 1867 a favor de una elección apropiada de los Obispos, intentamos recordar al clero secular los deberes de su ministerio y advertimos a los monjes y a los laicos para que no cruzaran los límites que la Iglesia les había fijado; también demostramos claramente la vacuidad de las solicitudes hechas por los refractarios. En esa ocasión, el mismo Venerable Hermano Antonio Giuseppe amenazó las censuras eclesiásticas con la parte del clero que se había negado a someterse, dentro de los días establecidos, a la autoridad legítima. Pero luego, viendo que esos días habían pasado en vano, decidió extender el período preestablecido de nuevo y no golpeó al recalcitrante con la suspensión antes de darse cuenta de que la paciencia era completamente inútil y que el peligro de una mayor engaño a expensas de gente sencilla.

Sin embargo, aquellos que habían sido castigados de esta manera no solo no retrocedieron de su obstinación, sino que convirtieron el mismo castigo en un crimen más

atroz y en un escándalo más serio para otros: despreciaron descaradamente la autoridad y las leyes de la Iglesia, y continuaron practicando públicamente todos los deberes del ministerio sagrado que les estaba prohibido, incluso con un rito más solemne. Sobre todo, nos duele que en este crimen algunos sacerdotes seculares que han estado viviendo entre los Monjes de Constantinopla, casi todos los Mechitarists de la Congregación veneciana, y todos los monjes de Antonian; Nos duele que aquellos que habitan esta ciudad no estén en desacuerdo con esta decisión. De hecho, no solo se opusieron a la visita apostólica en su casa recomendada por Nosotros (como sus hermanos en el Este), y rechazaron reiteradamente al primer y segundo Visitador elegido, sino que todos, sin pedir permiso, escaparon de Nosotros. . Entre ellos, también el Venerable Hermano Placido Kasagian que (consagrado con el título de la Iglesia de Antioquía, había gobernado toda la Congregación), ajeno a su deber y de las objeciones a los Obispos que habían desertado el Consejo sin imponer la autorización papal, se volvió a su vez.

De hecho, la misma obstinación de los rebeldes y las artimañas utilizadas para calmar las mentes nos hacen más firmes y gratificantes la firmeza de los muchos que ni por las trampas, ni por los halagos, ni por las amenazas fueron inducidos a abandonar el respeto debido a Nuestra legítima autoridad. Entre ellos, creemos que debemos elogiar a los mechitaristas de la Congregación vienesa por su nombre, quienes, nada impresionados por la deplorable deserción de los demás, se mantuvieron firmes en su deber. En verdad, tanta perseverancia devota en un momento tan serio provoca en nosotros la razonable esperanza de que ustedes, Amados Hijos, quiten todo respeto humano, sigan estrictamente los nobles vestigios de sus padres que, poniendo su fe en estos fracasos, soportaron valientemente el exilio y todas las adversidades en lugar de soltar sus lazos de solidaridad con este centro de unidad católica, o fallar en la veneración por la cual los documentos indicaban las reglas propuestas por su escuela de la verdad. Con mayor confianza Esperamos de su lealtad que reconozca con cuánta solicitud y cuánto amor ha comprometido esta Santa Sede para garantizar ventajas, crecimiento y honor a su comunidad, ya sea restando del yugo de los Patriarcas cismáticos y permitiéndole la libertad de culto, tanto constituyendo el asiento primigenio de Constantinopla. Esto, al cual las Iglesias sufragáneas primero se agregaron, se elevó a la sede del Patriarca después de la fusión con el Patriarcado de Cilicia. Entonces, donde sea que mire, debe comprender que el vigor, la libertad y la dignidad que disfruta se deben sobre todo al compromiso y afecto de esta Santa Sede por usted. Y por tu propio bien, no te apartes nunca de él.

No tolere que te engañen las artes malvadas de los rebeldes que, para atraerlos más fácilmente a sí mismos, afirman en todas partes que por su acción no fallan en la fe y la obediencia debida a Nosotros, ni al deber de los católicos; de hecho, niegan con sus obras lo que declaran con palabras. Y ciertamente aquellos que obstinadamente rechazan y desprecian la autoridad de los Sucesores de Pedro, en quienes Pedro vive a perpetuidad, y de los superiores designados por ellos, por su conducta desafían esa primacía de dignidad y jurisdicción sobre la Iglesia universal que Cristo confió a Pedro cuando le dio la tarea de alimentar a los corderos no menos que a las ovejas de todo su rebaño, es decir, a gobernar la Iglesia en todo el mundo. Ciertamente, en este grupo deben incluirse aquellos que despreciaron la autoridad de su legítimo Patriarca y de aquel que en su nombre ejerce el poder de Vicario; aquellos que descuidaron o rechazaron sus decisiones; aquellos que llegaron al punto de cuestionar su elección legítima, ya que, de acuerdo con el rito, fue

llamado y confirmado por nosotros; aquellos que se opusieron a Nuestro Delegado, aquellos que lo obstaculizaron en el ejercicio de su función con respecto a la visita de los monasterios ordenados por Nosotros; aquellos que explícitamente se autoproclamaron independientes; aquellos que se confirmaron a sí mismos cuando, después del período de competencia que se les asignó, no solo continuaron recibiendo las confesiones de los fieles, sino que también se atrevieron a comportarse de la misma manera después de haber sido prohibidos esa función luego de la sentencia de suspensión pública; aquellos que no desistieron de impugnar públicamente todos los deberes sacerdotales incluso con un rito más solemne, como una señal de desprecio por las censuras eclesiásticas; finalmente, aquellos que no descuidan nada más que expresar abiertamente que consideran que las leyes canónicas y la autoridad del poder legítimo y de esta Santa Sede no tienen ningún valor. Ustedes entenderán fácilmente si ellos, que son tan desvergonzados con nuestra autoridad y con tanta obstinación que persisten en su crimen, deben ser confiados cuando declaran que están convencidos de la primacía de esta Santa Sede, como corresponde a los católicos, y permanecer unidos y obedientes a Nosotros. Por lo tanto, si temes alejarte de esa unidad católica, fuera de la cual no hay salvación; si deseas el verdadero bien de tu comunidad, ten cuidado con las artes insidiosas de ellos. Presta especial atención al hecho de que en ti la confusión de ritos y disciplina, que astutamente tratan de insinuar en las almas de las personas simples, para incitarlas contra esta Santa Sede, que finalmente (de acuerdo con sus rumores) buscará gradualmente suprimir a los antiguos ritos de la Iglesia Oriental, para reemplazarlos por el rito latino. De hecho, si los Romanos Pontífices siempre se preocuparon de que la unidad de la Iglesia correspondiera a la uniformidad de la disciplina, al menos con respecto a las normas principales, sin embargo, creían que todos los ritos que no se apartaban de la fe verdadera o de la honestidad deberían ser respetados. De hecho, la rebelión por nosotros ahora condenada no involucra los ritos sino la disciplina; y si el Vicario de Cristo no puede restaurarla en todas partes, el gobierno de toda la Iglesia sería en vano para él, al punto de propiciar una desviación que se aleje de aquella fe verdadera, que los católicos deben profesar acerca del divino primado del Sumo Pontífice.

Sin embargo, confiamos en que aquellos que hasta ahora persistieron en su rebelión puedan finalmente arrepentirse, con la ayuda de la gracia de Dios, y regresar al debido respeto. Pero si persisten en su terquedad, nosotros, recordando que se nos ha confiado la custodia de toda la grey del Señor y que el apóstol Pablo entregó Corinto a Satanás para apaciguar el escándalo de los fieles y salvar incluso el espíritu de los mismos culpables, nos veremos obligados a separarnos de los demás, estos miembros pútridos (que ya sin razón, se desprenden de la cabeza), para que no infecten el resto del cuerpo con su contagio, declaren a todos los delincuentes cismáticos y se divorcien del seno de la Iglesia. Que los cielos sientan que ellos, aterrorizados por el horror de un castigo tan severo, pueden encontrar la retrospectiva y, volviéndose a mejores frutos, tengan la dolorosa necesidad de este ejercicio tan triste de Nuestro deber. Y cuanto más se desviaron del camino de la verdad y la justicia, con mucho más discreto respeto se sometieron a Nuestra legítima autoridad eclesiástica; tratar de quitar la piedra de la ofensa (que por su forma de actuar se lanzó contra la mente débil) para ofrecer testimonio de su obediencia y su humildad y para devolvernos el codiciado poder de recibirlos de nuevo con un abrazo paternal.

En cuanto a ti que, aunque rodeado de dificultades y peligros, permaneciste firme, trata de proceder cautelosamente, consciente por la separación de estos; fortaleceos en

vuestra fe, y obedeced más devotamente a vuestros superiores, recordando que todo poder, especialmente si es sagrado, viene de Dios. Animados por nuestra solicitud y por el cuidado de vuestra salud y vuestra ventaja, con celo cultivando en vosotros esa observancia religiosa con la que sigues a la Santa Sede y esa caridad filial con la que te unes a nosotros, para que puedas estar siempre unido a nosotros en Jesucristo y merecer sus bendiciones. Todo esto con insistencia le pedimos al Padre de las misericordias, cuya gracia deseamos abundantemente sobre usted. Y de hecho, como signo de amor ferviente y como prenda de Nuestra benevolencia, les impartimos, con mucho afecto, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el 20 de mayo de 1870, en el año veinticuatro de Nuestro pontificado.

Fuente: <https://vuelvecristo.blogspot.com/2019/01/magisterio-sobre-la-debida-obediencia.html>